

NEW LEFT REVIEW 124

SEGUNDA ÉPOCA

SEPTIEMBRE - OCTUBRE 2020

	ARTÍCULO	
SIMON HAMMOND	Los movimientos del caballo	7
LOLA SEATON	Reverdecer la nación	47
GÖRAN THERBORN	Sueños y pesadillas	69
GAVIN RAE	El espejo de Polonia	97
ALICE BAMFORD	Matemáticas y movimiento moderno	116
FRANCO MORETTI	Los caminos que llevan a Roma	135
	CRÍTICA	
ALPA SHAH	Para entender a Modi	148
NICK BURNS	Naciones elegidas	156
OLIVER EAGLETON	Generaciones políticas	169

WWW.NEWLEFTREVIEW.ES

© New Left Review Ltd., 2000

Licencia Creative Commons

Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0)

INSTITUTO
25M
DEMOCRACIA

ts
d traficantes de sueños

[SUSCRÍBETE](#)

Keir Milburn, *Generation Left*, Cambridge, Polity Press, 2019, 139 pp.

OLIVER EAGLETON

GENERACIONES POLÍTICAS

El pasado mes de diciembre, el análisis de YouGov de los resultados de las elecciones generales de 2019 en Gran Bretaña descubrió algo que no sorprendió a nadie: que «la edad sigue siendo la mayor línea divisoria de la política británica». Los laboristas tenían una ventaja de cuarenta y tres puntos entre los menores de 25 años, mientras que los conservadores la tenían de cuarenta y siete puntos entre los mayores de 65 años. La probabilidad de votar conservador se amplía un 9 por 100 por cada década de vida. Esta disparidad fue igualmente pronunciada durante las elecciones de 2017, cuando el abismo entre la intención de voto entre los más jóvenes y los más mayores creció hasta un inmenso 97 por 100, y en el referéndum sobre la Unión Europea, donde se constató que las personas en edad de jubilación apoyaban la salida en cifras abrumadoras. Sin embargo, la falla generacional que ahora los comentaristas dan por sentada se ha abierto muy rápidamente. Hace solamente diez años, el apoyo a los principales partidos era aproximadamente igual entre los votantes con edades comprendidas entre los 18 y los 24 años.

Esta repentina polarización, que ha marcado varias revueltas progresistas sucesivas desde la crisis financiera –no solamente el laborismo de Corbyn, sino Podemos, Syriza, Mélenchon o Sanders–, es el tema de *Generation Left*, de Keir Milburn, una concisa intervención acerca de las relaciones entre la edad y la clase, que se inspira en los recursos teóricos de Mannheim, Tronti y Badiou para identificar qué produce una generación. Milburn es profesor de Economía Política en la Universidad de Leicester y un activo miembro de

Plan C: un difuso colectivo anticapitalista que emplea métodos experimentales de organización para crear conciencia y combatir a la extrema derecha. Es coanfitrión del podcast «Acid Corbynism» en Novara Media, que aplica la *kulturkritik* fisheriana a temas *hippies* como el amor, la libertad y la amistad, y su nuevo libro está impregnado de ese aspecto: es ecléctico en sus referencias, optimista en su análisis, agudamente sensible a los efectos culturales.

Milburn empieza desechando la idea de que las generaciones se establecen únicamente mediante tendencias demográficas. Los *baby boomers*, escribe, surgieron por mor de una intensa subida de la tasa de natalidad entre 1945 y 1965, pero este incremento se enmarcaba en dos acontecimientos que la demografía no puede explicar: el final de la Segunda Guerra Mundial y la aparición de la píldora anticonceptiva, acontecimientos ambos que influyen en el carácter ideológico de esta cohorte. Cualquier intento de dar cuenta de la formación de las generaciones que descuide estos sucesos sociales y tecnológicos y que, en lugar de ello, se centre en patrones de población endógenos, será por lo tanto incompleto. Es fundamental ahondar en los factores que subyacen en los cambios en la tasa de natalidad y no tratar estos cambios como un hecho dado.

De hecho, los *baby boomers* son uno de los pocos ejemplos claros de un cambio demográfico coincidente con una identidad cultural diferenciada. Los *millennial* no fueron una consecuencia de un pico semejante de la población y, sin embargo, su alienación respecto a los grupos de mayor edad es semejante a la que los *boomers* experimentaron en la década de 1960. En opinión de Milburn, esto confirma la tesis de Mannheim, resumida en su ensayo de 1923, «Das Problem der Generationen» [El problema de las generaciones], de que las generaciones se producen por una «desestabilización dinámica» o por un cambio histórico rápido. Una categoría de edad nueva y cohesionada aparece cuando, «como resultado de una aceleración en el ritmo de la transformación social y cultural, las actitudes básicas deben cambiar tan rápidamente que ya no es posible que se produzca la adaptación y modificación continua y latente de los patrones tradicionales de la experiencia, del pensamiento y de la expresión». Esto explicaría por qué las generaciones pocas veces se adaptan a las escalas temporales cíclicas de 20 o 30 años fijadas por los sociólogos. En periodos de calma, los jóvenes heredan la visión del mundo existente. Cuando esa quietud se perturba, se fusionan en torno a un esquema diferente.

Esta coalescencia tiene lugar porque la juventud responde a los procesos de transformación histórica con «elasticidad mental». Su relativa falta de experiencia le hace susceptible a la «potencia moldeadora de las nuevas situaciones», capaz de alinear su perspectiva con realidades alteradas, mientras que sus padres han construido un «marco de experiencias pasadas utilizables, de manera que cada experiencia nueva tiene su lugar y su

forma en buena parte marcada por adelantado». Mannheim insiste en que esta distinción no convierte a los jóvenes en inherentemente progresistas y a los viejos en incurables conservadores. «La juventud y la edad [...] no implican por sí mismas una determinada orientación intelectual o práctica; simplemente inician determinadas tendencias formales, cuyas manifestaciones reales dependen, en último término, del contexto social y cultural dominante». Aún así, cuando evaluamos la crisis financiera de 2008 y las medidas de austeridad que emanaron de ella, hay razones evidentes para explicar por qué estas tendencias produjeron una inclinación decisiva hacia la izquierda entre los adolescentes y los veinteañeros.

La quiebra de Lehman Brothers, escribe Milburn, fue un *acontecimiento* realmente sísmico en el sentido dado al término por Badiou: «un momento de cambio repentino e impredecible que quiebra la producción de sentido de una sociedad». Al fracturar el orden simbólico neoliberal, convocaba la instauración de nuevos *sujetos* y nuevas *verdades*, una orientación política que superara el agotado fatalismo de la década de 1990. Fue una llamada que la juventud, «que carecía de un prisma interpretativo sólido formado a partir de las experiencias pasadas», estaba en una posición única para responder. Era responsabilidad de esta desmantelar el «yo emprendedor» que Milburn considera el eje de la ideología posfordista. El objetivo principal del programa Thatcher-Reagan, defiende nuestro autor, no era impulsar reformas económicas que favorecieran al capital, sino desinflar las energías comunales que el acuerdo keynesiano había desatado y reemplazarlas por un modelo de individualismo posesivo basado en la propiedad. La efervescencia cultural de la década de 1970 reflejaba un horizonte emergente de posibilidades que eran incompatibles con el propio capitalismo. Ese clima utópico se destruyó mediante la doctrina de «No Hay Alternativa», que fomentaba la «inversión en uno mismo» por encima del empoderamiento colectivo, como si los futuros sociales tuvieran que clausurarse para que pudieran abrirse las perspectivas individuales. Pero fue precisamente esta creencia en el futuro individual lo que el acontecimiento de 2008 negó, exponiendo los enormes defectos de un sistema que se suponía que garantizaba los réditos de la inversión en uno mismo. A lo largo de los años siguientes, la juventud vio cómo sus posibilidades vitales se derrumbaban entre la crisis de la vivienda, la deuda de los préstamos estudiantiles y la precarización del mercado de trabajo. El resultado fue la superación de la ontología emprendedora.

Milburn describe el colapso de 2008 como un «acontecimiento pasivo»: «algo que nos ocurrió», en lugar de algo en lo que participamos. Seis meses después, el acontecimiento había «desaparecido tras el espectro de los déficits de los presupuestos gubernamentales», mientras la aparición de la austeridad trajo la impresión de que «las posibilidades se reducían». Pero, aunque esta sensación de impotencia desencadenó movilizaciones

de extrema derecha entre la juventud de Europa del Este, en otros países desembocó en los «acontecimientos activos» de 2010-2011: el movimiento de los indignados del 15M y el surgimiento de Podemos en España, Occupy Wall Street en Estados Unidos, el movimiento estudiantil en Gran Bretaña, las manifestaciones contra la austeridad en Europa Occidental, los levantamientos revolucionarios en el mundo árabe. Cada uno de estos acontecimientos constituía un «momento de exceso» en los cuales el activismo en las calles permitía que se formaran subjetividades fuera de la lógica neoliberal. A pesar de las diferencias geográficas y políticas existentes entre esos momentos, todos ellos compartían un sorprendente número de formas organizativas, incluyendo las asambleas democráticas y el proceso de toma de decisiones por consenso, un rasgo común que, en opinión de Milburn, es signo de un proceso unificado de construcción generacional, esto es, el desarrollo de técnicas comunes en respuesta a problemas comunes.

Su distinción entre acontecimientos pasivos y activos usa con eficacia la teoría de la composición de clase de Tronti. La crisis de 2008 fue «pasiva» porque reveló lo que Tronti llamó la «composición técnica» de la clase obrera: sus circunstancias objetivas definidas por la disminución de las perspectivas y el aumento del endeudamiento. La actividad frenética de 2011, por otra parte, le otorgó al proletariado su «composición política»: los métodos y modalidades afinadas mediante la lucha para superar esas circunstancias. La edad se convirtió en «una de las modalidades clave mediante las cuales se experimenta la clase», porque fue un elemento central en estas insurrecciones posteriores al estallido en las cuales la juventud, a la que el acontecimiento había arrancado de su complacencia, escapaba del mundo mental del neoliberalismo que aún habitaban sus mayores.

Aunque esos momentos de exceso resultaron ser efímeros, crearon una unidad generacional politizada que «siguió estando muy conectada internamente» y que se reagrupó en 2014-2016 para iniciar el «giro electoral». Milburn estudia el alza (y normalmente la caída) de los movimientos de partidos políticos liderados por la Generación Izquierda en Grecia, España, Estados Unidos y Gran Bretaña apuntando, con un guiño a la tradición autónoma, que la represión estatal de las revueltas de 2011 fue lo que catalizó este paso del activismo extraparlamentario a la agitación electoral. Si Occupy no podía resistir el poder del Estado, entonces había que ocupar el Estado. Sin embargo, este proyecto se resintió de tres problemas difíciles de resolver: no consiguió formar una coalición electoral viable con las generaciones anteriores; se vio forzado a trabajar en instituciones que minaban el espíritu participativo de 2011; y siguió siendo vulnerable al contraataque por parte de las fuerzas del capital, en especial por parte de los sectores mediático y bancario.

Milburn es de la opinión de que esas barreras solamente podrán superarse cuando la Generación Izquierda redoble sus intentos de forjar una

ética anticapitalista capaz de llegar y conectar con los sectores de más edad. La ruptura del yo emprendedor coloca a los jóvenes en una posición «políticamente ambigua». «Cuando el sentido común de una sociedad deja de tener sentido, pero el cambio mediante la acción colectiva parece inalcanzable, la gente tiene que crear subjetividades *ad hoc* con el material del que dispone». Ello amenaza con afianzar el aislamiento inoculado por el neoliberalismo. Desafectos con el orden dominante, pero careciendo de una alternativa contracultural, la juventud puede retraerse a una autopatologización narcisista, adoptando los discursos psicoterapéuticos para crear sentido individual en lugar de narrativas colectivas. Milburn, por lo tanto, defiende una «reinención de la edad adulta», que complete la composición política de la Generación Izquierda mediante la producción de una subjetividad estable y posneoliberal. La concepción actual de la condición adulta, defiende, está estrechamente vinculada con la propiedad privada. Desde la década de 1980, ser adulto se ha centrado en la propiedad de uno mismo y de una casa. Por lo tanto, la tarea inmediata es convertir la desposesión de la Generación Alquiler en un modo de vida positivo «basado en los comunes». «La plataforma fundamental de todo programa debe ser la expansión masiva de la vivienda comunitaria y la difusión de la convivencia intergeneracional». No hay por qué esperar a que haya un gobierno de izquierda para adoptar estas iniciativas: «Potentes redes de solidaridad y sindicatos de inquilinos, en los que los participantes se comprometan a respaldarse unos a otros en sus pleitos con caseros y empresas, pueden construirse ya mismo». La revolución en el alojamiento debe acompañarse por la construcción de unos «comunes digitales, que aprovechen la «socialidad, la autoexpresión, la creación colectiva y la autonomía» que permea las redes sociales, pero que arrebatte estas energías a los depredadores gigantes de la tecnología. Finalmente, deben desarrollarse las «prácticas colectivas del cuidado» para reparar el daño hecho por el capital desenfrenado e inculcar formas de trabajo que, al menos de manera parcial, eludan la monetización, creando una economía en la sombra que no encaje con la «sociopatía del neoliberalismo». Mediante estos métodos solidarios, la Generación Izquierda puede aumentar su capacidad de actuar como una unidad cohesionada y recalibrar la condición adulta para romper con la explotación.

La confianza de Milburn en que la juventud radical pudiera hegemonizar a las generaciones mayores o, al menos, «ganarse a una minoría decisiva de sus miembros», se hace eco de la afirmación de Mannheim de que una «entelequia» generacional puede adquirir fuerza suficiente como para representar la cultura en su conjunto. Pero, antes de que el espíritu de un grupo etario pueda convertirse en el espíritu de la época, debe tener lugar otro proceso de hegemonización; en opinión de Mannheim, una vanguardia autoconsciente presente en el interior de la generación debe inculcar sus

valores a la mayoría de sus pares. Solamente cuando esa facción con visión de futuro haya atrapado su «localización generacional» podrán sus opiniones filtrarse en la sociedad en general. Una generación debe ser hegemonizada por su vanguardia interna antes de convertirse en sí misma en vanguardia. Superficialmente, los patrones de voto y las encuestas de opinión parecen reflejar la fe de Milburn de que este primer estadio de la hegemonía ha sido ya alcanzado: los menores de 25 años tienen más probabilidades de apoyar a los partidos de la izquierda y se autodescriben como socialistas. Pero una mirada más atenta a los datos suscita dudas sobre si los principios de la vanguardia –por ejemplo, el socialismo democrático de Momentum o de los Democratic Socialists of America– han conservado o no su cohesión entre los estratos más amplios de la Generación Izquierda. Por ejemplo, una encuesta reciente de Gallup mostraba que, aunque casi el 50 por 100 de los *millennial* estadounidenses tiene una imagen favorable del «socialismo», casi el mismo porcentaje tiene una imagen positiva de las «grandes empresas» y el 83 por 100 aprueba la «libre empresa». Cuando se les pregunta por temas concretos, la «elasticidad mental» de esta cohorte a veces parece pura frivolidad. En Gran Bretaña, un grado semejante de desorientación ideológica es evidente en el apoyo acrítico de la Generación Izquierda a la UE (mucho más popular entre los votantes jóvenes que el partido de Corbyn), su decepcionante tasa de participación en 2019 (solamente el 47 por 100) y su elección de Keir Starmer como líder del Partido Laborista.

Así pues, si los socialistas comprometidos componen una facción abultada dentro de la Generación Izquierda más que su potencia hegemónica predominante, ¿qué implicaciones tiene esto para el relato de Milburn de la actual brecha generacional? Su exageración de las credenciales radicales de la Generación Izquierda se debe en parte a las condiciones en las que fue escrito el libro, antes de que en diciembre cayera el corbynismo. Pero también es un síntoma del incómodo intento del libro de reconciliar a Badiou y a Tronti. Como ya hemos visto, las categorías trontianas de «composición técnica» y «composición política» de clase se cartografían sobre el «acontecimiento pasivo» de 2008 y el «acontecimiento activo» de 2011. El primero expuso la injusticia sistémica, el segundo dio fuerzas a la juventud para enfrentarse al primero. Pero esta división del acontecimiento en partes discretas se aleja de Badiou, para quien la noción de un «acontecimiento pasivo» sería un oxímoron. En la teoría de Badiou, los acontecimientos crean una expansión instantánea de la posibilidad política agujereando el «estado» o la consistencia ilusoria del mundo social; son específicos de una ubicación y arraigan en un lugar concreto; se convierten en acontecimientos cuando sus participantes los designan como tales; y llevan consigo una «intensidad máxima de apariencia», afirmando su presencia mediante el espectáculo. Es complicado ver cómo algo de esto podría aplicarse a 2008, que fue en

buena parte invisible (ocurriendo en un espacio mucho más abstracto que concreto), que no tuvo una participación masiva y que provocó una clausura inmediata de la posibilidad, lo que permitió al Estado reafirmarse mediante la imposición de la austeridad.

En cierto sentido, el hecho de que el crac financiero se conforme o no a esta definición exacta es algo anecdótico, porque no afecta al punto básico de que muchas personas jóvenes se desplazaron hacia la izquierda como consecuencia de ello. Pero, si aceptáramos que 2008 no fue propiamente un acontecimiento, entonces estaríamos mejor situados para entender por qué la generación favorecida por Milburn no ha alcanzado aún una posición vanguardista. Para algunos de ellos y ellas, la fuerza galvanizadora de 2011 puede haber convertido la pasividad en actividad, el desencanto en compromiso. Pero para muchos otros, el proceso de politización ha seguido siendo «pasivo», en el sentido de que ha girado sobre las frustraciones cotidianas (alquileres por las nubes, economía del bolo) que hacen que las propuestas de Corbyn y Sanders resuenen especialmente. Este proceso, en el que la creciente exasperación con las circunstancias particulares conduce a una persona a votar por el político que empatiza con ellas, puede ser importante a escala personal y electoral, pero está muy lejos del relato de Badiou de la formación de un sujeto político en el que un suceso repentino y singular produce una potente ideología antagonista, que se convierte entonces en un «objeto de fe» para quienes han experimentado el *acontecimiento* y para quienes reconocen el régimen de *verdad* que inaugura.

Existe, si preferimos decirlo así, un problema con la composición política de la Generación Izquierda. La predominancia de los acontecimientos pasivos ha creado subjetividades «*ad hoc*» y «ambiguas», en vez de revolucionarias y derivadas de un acontecimiento (comprendido en el sentido de Badiou). Pero también hay un problema con la composición técnica. Aunque a Milburn le gusta mostrar cómo «las generaciones políticas están íntimamente enredadas con las dinámicas de la lucha de clases», pasa por alto la inestabilidad de la coalición de clase de la Generación Izquierda. Se trata, después de todo, de una categoría que incluye a los cachorros de los banqueros y de las limpiadoras, de las maestras y de los corredores de bolsa. Está plagada de desigualdad. Pero sus elementos más claros están más o menos alineados políticamente porque incluso los ricos de 21 años experimentan presiones económicas, como la renta y la deuda, que dejan al descubierto la estafa de la subjetividad neoliberal. Los *millennial* podrían entonces ser descritos como una agrupación «populista» de acuerdo con la definición que planteó Michael Denning en la *NLR* 122: una alianza de fuerzas sociales dispares que se agrupan bajo «luchas vitales» o formas de explotación no basadas en el salario. Las luchas por la vida tienen un efecto social de equiparación, que permite la unificación política de actores estructuralmente

antagonistas, pero no puede saberse cuánto tiempo durará esa unidad. Para la Generación Izquierda esta puede desmoronarse por cambios políticos que reorienten las luchas y las aparten de estas formas «subordinadas» o por la distribución desigual de la riqueza heredada, que impulsará a parte de ellos a subir por la escala de la propiedad, mientras que otros seguirán alquilando.

Al descuidar estas contingencias, Milburn corre el riesgo de reemplazar la política de clase por el progresismo. Su descripción homogénea de la Generación Izquierda como un agente culturalmente avanzado elide las complejidades de su composición material. Los datos socioeconómicos de este grupo etario se sustituyen por un discurso confuso sobre la subjetividad. A Milburn le interesa más centrarse en una determinada identidad cultural (mediante los experimentos en torno a la vivienda comunal) que construir una solidaridad intergeneracional entre las clases proletarizadas. No quiere decir esto que deba desecharse el inspirador programa de Milburn en pro de la construcción de nuevos «comunes». Al contrario, entender la Generación Izquierda como una coalición populista inestable aumenta la urgencia de este proyecto, porque si la base material de su radicalismo sigue siendo frágil, mayor razón tenemos para engendrar nuevas realidades materiales mediante la proliferación de cooperativas y del trabajo de cuidados. Aunque su igualitarismo sea aún hipotético, ello debería animarnos a enraizarlo en la experiencia vital por mor de la organización comunitaria y la democracia participativa. Estos ejercicios sobre el terreno podrían convertirse en la encarnación concreta del compromiso abstracto de la Generación Izquierda. Podrían generar un nuevo orden simbólico sin la intervención de un acontecimiento mesiánico, pero deberían siempre emparejarse con una conciencia de clase que capte la volatilidad de la política generacional y el potencial para erosionar sus razones populistas, y que llegue hasta los grupos de más edad, no invitándolos a nuestro mundo «poscapitalista», sino poniendo de relieve especialmente las depredaciones comunes del mundo que todos nosotros habitamos.